



Ojo Clínico

AL MAESTRO CON CARIÑO

MIGUEL SALAZAR

QUINTO DÍA, CARACAS, 17 AL 24 DE ENERO DE 2003

Querido maestro, no puedo espantar el desconsuelo que me provocó ver las imágenes de la más reciente manifestación de educadores, y nunca como ahora celebro el sentimiento de la duda, porque éstos no pueden ser nuestros maestros, los que yo vi no pueden ser los portavoces de las buenas nuevas de Rodríguez y Bello. En medio de un revoltijo de consignas disparatadas, sus colegas dejaron mucho que desear. Yo le voy a comentar el contenido de dos pancartas que me llamaron poderosamente la atención. La primera decía: “Chávez, vergajo, vete pal carajo”. Seguramente puede que en las escuelas de hoy se haya perdido la formalidad de la que disfruté en mis días escolares, pero aun así no justifica que los maestros se muestren vulgares, sobre todo porque los percibimos por encima del bien y del mal. A mí me cuesta imaginarme a un maestro gritándole a su alumno: “¡Mira, vergajo, te me vas pal carajo!”. Además, debo decirle también que me preocupó muchísimo ver en esas manifestaciones unas pancartas plenas de errores de ortografía. Pavorosa realidad la nuestra. La otra consigna que pasaría sin pena ni gloria, si no fuera por el inexorable proceso de desnacionalización que nos ha tocado vivir, dice así: “Peace for our children”. A mí me parece muy bien que juguemos al políglota, pero ese no es el meollo del asunto. En esa pancarta se resume nuestra tragedia, orquestada en una aversión por la historia. Los símbolos patrios que, a bien decir, abundaron en esa concentración, no son ahora sino unos pasajeros en tránsito porque la verdadera bandera es la otra, la que puede servir de

respaldo a la frase tan bien escrita en impecable inglés. Querido maestro, en sus manos está la responsabilidad de la escolaridad nuestra de cada día. Usted debe ser el ejemplo. En este maremoto de tricolores vuelve a perderse la República si el maestro no retoma el camino de Simón Rodríguez y Andrés Bello.

“Peace for our children”, ésas y otras tantas consignas disparatadas en un revoltijo de malas costumbres, resonaron en el ambiente. **E**



MIGUEL SALAZAR

439

Oxígeno, valores y desarrollo (Continuación)

A grandes rasgos, parece necesario generar otro sistema de instituciones y de códigos con su propia lógica y lealtades que quizás sean muy corrientes en las economías exitosas, pero que resultan difícil de instalar de repente como parte de una planificación estatal. Estos cambios pueden demorar bastantes tiempo.

De todas formas, la importancia de las instituciones y de los modos de conducta quedó bastante eclipsada en todos aquellos países en los que la oleada de entusiasmo suscitada por la magia de los procesos de mercado, supuso que el proceso iba a ser automático. Igualmente puede decirse de todo proyecto político “revolucionario” que no tome en cuenta estos modos de conducta, en el sentido de que, mas allá del tipo de reforma que se desee impulsar, hay que tener presente la clase de interacción manifestada por los agentes sociales.

Los países en vías de desarrollo tienen, entonces, que prestar atención no sólo a las virtudes de la conducta prudente sino también al papel de algunos valores complementarios, como crear y mantener un clima de confianza, evitar las tentaciones de la corrupción general y hacer de las garantías un sustituto viable de la aplicación punitiva de la ley, que, por lo demás, puede estar igualmente “relajada”.

Del conjunto de problemas más relacionados con los modos de conducta e interacciones deficitarias, es importante destacar los vínculos existentes entre la corrupción económica y las “mafias” y “roscas” de todo tipo. Porque de hecho hay algunas funciones sociales que una organización del tipo de las “roscas” puede desempeñar en sectores en cierto modo “primitivos” de la economía para defender las transacciones mutuamente beneficiosas. Los roles de ese tipo de organización dependen de manera extraordinaria de los modos reales de conducta presentes en la economía legal y sumergida.

Cuando el Estado es poco eficaz o, en todo caso, su ejercicio es lento y limitado, y cuando no existen valores básicos como el cumplimiento de las promesas, la transparencia, la confianza y la honestidad, las “mafias” y “roscas” prosperan porque velan por el cumplimiento de lo acordado y generan las “garantías” necesarias para la ejecución del proceso económico. Estas organizaciones reemplazan las funciones de la ética.

Difícilmente saldremos del círculo vicioso en el cual nos encontramos sin una modificación de los valores básicos de la interacción. Los agentes sociales y políticos se sucederán los unos a los otros sin que haya un verdadero cambio. Esto es así, porque los agentes actúan sobre la base de la interacción misma. Una auténtica revolución exige, antes bien que un cambio político, una modificación de los modos de conducta disfuncionales respecto al desarrollo.

El camino transita por un proceso educativo que no puede limitarse sólo a la escuela, sino que ha de involucrar otras instituciones básicas como la familia, la empresa, la administración pública. A la vez, no se puede intervenir sobre esta interacción como un todo, pues eso, además de ser poco viable conduce bien pronto al totalitarismo. Debemos, entonces, emprender una modificación puntual de los espacios sociales, teniendo como centro de gravedad aquellos sectores que aún tienen “oxígeno”.